



Reflection from Fr. Joey Evangelista, MJ

All Souls Day

"We will be alright. Please do not worry about us." Whispered into my father's ear as he lay dying, these words seemed to grant him the final permission he needed. His body relaxed, his breathing settled, and he appeared to drift into a deep, peaceful sleep. While that moment brought him rest, it marked the beginning of my own profound struggle with death. As a priest, I had helped people make sense of loss in the face of death, yet when the loss was personal, the emotional toll was overwhelming. I wrestled with anger and deep pain, consumed by the simple question, "Why?" It was only through sustained prayer that this emotional torrent gradually receded, leaving behind the deep conviction of my faith: "If, then we have died with Christ, we believe that we shall also live with him."

This conviction was cemented in a moment of simple clarity. One day, while walking through a quieter section of the city train station in Manila, I felt a distinct, familiar presence behind me, though I saw no one when I turned. It wasn't a scary feeling, but a deep sense of connection. I began talking to my father, just as I used to, and a sudden, inexplicable surge of happiness washed over me. I simply *knew* it was him. As I boarded the train, I felt that he remained on the platform, seeing me off but choosing not to step in with me. I whispered, "Bye, Dad," as the doors closed, and as the train pulled forward, a profound and complete sense of peace—that my father was alright—finally settled upon me.

This personal assurance finds its sacred grounding in the Church's teachings. On **All Souls' Day**, the entire Church unites to pray for our departed because, while they are firmly on the path to God, we believe they are undergoing **purification** to fully prepare their entry into our heavenly home. The **Book of Wisdom** affirms this process, assuring us that those who have gone before us are being refined "like gold in a furnace." They are like sacrificial offerings the Lord has taken to himself. They are not yet in their eternal home, but this stage—what we call **purgatory**—is a necessary stop on their final journey to God.

Crucially, this period of purification is not one of abandonment or solitary fear. The **Psalms** beautifully assure us that our loved ones are never alone, for the Lord is with them as a devoted shepherd. "The LORD is my shepherd; I shall not want. In verdant pastures he gives me repose; beside restful waters he leads me; he refreshes my soul." While Purgatory often conjures painful images, the Psalmist's promise—"Even though I walk in the dark valley I fear no evil; for you are at my side with your rod and your staff that give me courage"—transforms this concept. Purgatory is not a place of punishment, but a sacred preparation led by the protective hand of Christ.

The ultimate assurance is given by **Jesus** in the **Gospel of St. John**. He promises that those who respond to the Father's call will not be lost, but will ultimately be raised on the last day to have **eternal life**. Despite our human imperfections and temporary failures, our destiny is certain. The necessary purification after death is the means through which we gain that promised eternal life.

While we continue to pray for our departed, let us also inspire the living to fully embrace Christ's mission in the here and now. Amid the injustices and difficulties we face, let us continue to respond to the call to proclaim the kingdom of God by feeding the hungry, clothing the naked, and welcoming the stranger. As our dearly departed did their best to follow Jesus in their lifetime, let us do the same in ours. Let us continue to follow Jesus and be assured by his words, "This is the will of the one who sent me, that I should not lose anything of what he gave me, but that I should raise it up on the last day."

Reflexión del Padre Joey Evangelista, MJ

Día de los Difuntos

"Estaremos bien. Por favor, no te preocupes por nosotros". Le susurré al oído a mi padre mientras agonizaba, estas palabras parecieron concederle el permiso definitivo que necesitaba. Su cuerpo se relajó, su respiración se estabilizó y pareció sumirse en un sueño profundo y tranquilo. Aunque ese momento le trajo descanso, marcó el comienzo de mi propia y profunda lucha con la muerte. Como sacerdote, había ayudado a personas a dar sentido a la pérdida ante la muerte, pero cuando la pérdida era personal, el impacto emocional era abrumador. Luché contra la ira y el profundo dolor, consumido por la simple pregunta: "¿Por qué?". Solo a través de la oración sostenida este torrente emocional se fue disipando gradualmente, dejando atrás la profunda convicción de mi fe: "Si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él".

Esta convicción se consolidó en un momento de simple claridad. Un día, mientras caminaba por una zona más tranquila de la estación de tren de Manila, sentí una presencia distinta y familiar detrás de mí, aunque no vi a nadie cuando me giré. No era una sensación de miedo, sino una profunda sensación de conexión. Empecé a hablar con mi padre, como solía hacer, y una repentina e inexplicable oleada de felicidad me invadió. Simplemente *supe* que era él. Al subir al tren, sentí que él se quedaba en el andén, despidiéndose de mí, pero decidiendo no subir conmigo. Susurré: "Adiós, papá", mientras se cerraban las puertas, y cuando el tren arrancó, una profunda y completa sensación de paz —de que mi padre estaba bien— se apoderó finalmente de mí.

Esta seguridad personal encuentra su fundamento sagrado en las enseñanzas de la Iglesia. En el **Día de los Difuntos**, toda la Iglesia se une para rezar por nuestros difuntos porque, aunque están firmemente en el camino hacia Dios, creemos que están pasando por una **purificación** para prepararse plenamente para su entrada en nuestro hogar celestial. **El Libro de la Sabiduría** afirma este proceso, asegurándonos que los que nos han precedido están siendo refinados "como oro en el crisol". Son como un holocausto agradable que el Señor aceptó. Aún no están en su hogar eterno, pero esta etapa, lo que llamamos **purgatorio**, es una parada necesaria en su viaje final hacia Dios.

Es fundamental señalar que este período de purificación no es de abandono o miedo solitario. Los **Salmos** nos aseguran maravillosamente que nuestros seres queridos nunca están solos, porque el Señor está con ellos como un pastor devoto. "El Señor es mi pastor, nada me falta; en verdes praderas me hace reposar y hacia fuentes tranquilas me conduce para reparar mis fuerzas". Aunque el purgatorio a menudo evoca imágenes dolorosas, la promesa del salmista —"Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú estás conmigo. Tu vara y tu cayado me dan seguridad."— transforma este concepto. El purgatorio no es un lugar de castigo, sino una preparación sagrada guiada por la mano protectora de Cristo.

La garantía definitiva la da **Jesús en el Evangelio de San Juan**. Él promete que aquellos que respondan a la llamada del Padre no se perderán, sino que finalmente resucitarán en el último día para tener **vida eterna**. A pesar de nuestras imperfecciones humanas y nuestros fracasos temporales, nuestro destino es seguro. La purificación necesaria después de la muerte es el medio por el cual obtenemos esa vida eterna prometida.

Mientras seguimos orando por nuestros difuntos, inspiremos también a los vivos a abrazar plenamente la misión de Cristo aquí y ahora. En medio de las injusticias y dificultades a las que nos enfrentamos, sigamos respondiendo a la llamada a proclamar el reino de Dios alimentando al hambriento, vistiendo al desnudo y acogiendo al extranjero. Así como nuestros seres queridos difuntos hicieron todo lo posible por seguir a Jesús durante su vida, hagamos lo mismo en la nuestra. Sigamos a Jesús y tengamos la seguridad de sus palabras: "La voluntad del que me envió es que yo no pierda nada de lo que él me ha dado, sino que lo resucite en el último día".